

PUNTOS DE CONTACTO ENTRE SINTAXIS Y SEMANTICA

1. La profundidad y fineza de análisis aplicadas al campo semántico constituyen hoy motivo de orgullo entre los lingüistas. Pero, consecuentemente, no es menos cierto que con ello se provocan nuevas exigencias de precisión y exactitud en ciertos puntos claves que antes ni siquiera se vislumbraban. Es el fenómeno típico de toda ciencia: la iluminación de una parcela en el campo de la investigación presagia la penumbra de otra y, como es natural, provoca a su vez el desafío irresistible de iluminar a esta última. Muchas veces, con todo, el resultado se queda sólo en un intento, aunque, eso sí, loable.

2. Mi propósito aquí no es otro que plantear como problema, ciertos momentos en la metodología semántica, no garantizados del todo, que se utilizan, sin embargo, como base de operación para análisis posteriores, con la consiguiente perplejidad. Varios son esos momentos o puntos claves, pero dos, a mi parecer, son radicales a los que, no obstante, no sabemos bien cómo llegar. Uno es el de núcleo semántico, situado en el plano semasiológico; el otro, el de archilexema o término genérico, anclado en el plano onomasiológico¹.

3. Con todo, nuestro trabajo versará sólo sobre el primer punto, pero no porque no tenga interés el segundo. Es de suma impor-

¹ Me parece clara la apreciación de Baldinger, *Teoría semántica*, Romania, Madrid, 1970, págs. 36 y 116 sigs., respecto a los términos «semasiología» y «onomasiología».

tancia saber más exactamente cómo se forma el archilexema, cuando lo hay, esa palabra o lexía genérica que cubre y subsume una gama grande de campo conceptual². Porque el término *docentes* cubre a *profesor, catedrático, maestro*, etc.; pero a *limón, naranja*, etcétera, los puede subsumir el término *los agrios* y a *pintor, cantante, actor*, etc. los puede abarcar el archilexema *artista*. E incluso a la oposición *día y noche* la puede integrar, aunque sintagmáticamente, *drei Tage*³. Y, por supuesto, no encierran la misma formación *docentes* que *agrios* que *artista*. Pienso que no sería infructuoso analizar el factor común que provoca el archilexema, porque así se comprendería el porqué unas veces presenta una formación y otras otra distinta. Es natural, por ejemplo, que si uno de los lexemas más específicos está configurado a la manera de un participio, el archilexema no lo esté. Presumo que se registra un gobierno interno apasionante y que obedece, sin duda, a normas lingüísticas regulables.

4. Pero dejemos este punto y pasemos al que se ha tomado como objeto de análisis presente: el de núcleo semántico en el plano semasiológico. Es, sin duda, un hecho primario en este plano el del campo de significaciones de un término con su irregularidad de dispersión semántica. Basta echar una ojeada a cualquier léxico de cualquier lengua para percatarse de ello. Pero lo que ya no es tan primario es captar la estructura de tal abanico sémico, sobre todo el eje sémico en torno al que giran las diversas acepciones. Los estudiosos de semántica, en general, presuponen esa estructura y proyectan con más o menos fortuna la metodología de hacer patente el núcleo y su constelación semántica.

5. Para simplificar, el método que se ha seguido, con matices diversos ofrece dos vertientes principales: primera, su planificación

² Sobre el término genérico que subsume otros términos específicos, ha profundizado R. Adrados en varios trabajos. Un resumen de sus puntos de vista puede verse en «Semántica estructural: estado actual y perspectivas», *Habis*, 1971, pág. 9 sigs.

³ También en castellano sucede lo mismo en sintagmas como «hace tres días». El ejemplo, de otra parte, está tomado de Coseriu, «Das Phänomen der Sprache und Daseinsverständnis des heutigen Menschen», separata de *Die Pädagogische Provinz*, 21, 1967, pág. 18.

en las ocurrencias contextuales, es decir, en los distintos usos de un término, y segunda, la abstracción, a partir de esa planificación, de una noción base o núcleo sémico. La dificultad mayor, por supuesto, radica en la manera de realizar esa abstracción base: en general se lleva a cabo tomando de las significaciones provocadas por las diversas ocurrencias la noción común, unas veces inherente a la palabra, otras mediante clasemas configurados por el lingüista, lo que en el fondo viene a ser lo mismo. La diferencia es sólo formal: en el segundo procedimiento se explicita el método y en el primero no, pero se opera del mismo modo, quizá de manera más regular mediante la explicitación de los clasemas. Prescindiendo, pues, de esa diferencia formal, el resultado es que a las ocurrencias del monema *cabeza*, por ejemplo, se las puede unir y formar grupos a partir de clasemas como *extremidad*, *superioridad*, *esferecidad*, etcétera. Así cabe explicar ocurrencias como *cabeza de una nave*, *cabeza de una canal*, *tomar la cabeza de una excursión*, *cabeza de alfiler*, etc.⁴. El clasema —o clasemas— que se realice en todas las ocurrencias daría la noción base o núcleo semántico.

6. En principio y en sí mismo, el procedimiento de los clasemas no parece incongruente⁵. Lo que ya no convence es su aplicación indiscriminada a cualquier ocurrencia, tanto a monemas como a lexías y tanto cuando éstos están en posición fuerte como débil, como veremos luego. De esa forma, todo ello parece un tanto artificial, porque da la impresión que es el lingüista, a partir de dimensiones configuradas por él y extralingüistas, quien estructura el campo semántico. Y, por supuesto, son dimensiones cómodas cuando se trata de términos de objeto; no sería así cuando se tratara de términos abstractos: para realizar esa labor, en ese sentido, en un término como *ley*, sería más apropiado llamar en auxilio a un jurista que a un lingüista. Si no se planifica lingüísticamente el campo donde ha de aplicarse tales clasemas, el resultado es artificial.

⁴ El ejemplo está tomado de A. J. Greimas, *Semántica estructural*, Gredos, Madrid, 1971, pág. 65.

⁵ No parece que haya cambiado mucho la cuestión a partir de Pottier, *Recherches sur l'analyse sémantique en linguistique et en traduction mécanique*, Nancy, 1963, págs. 11-19. Creo que a partir de aquí se han desarrollado sólo matices, incluso en el propio Pottier.

7. La cuestión es, con todo, compleja. Veamos algunas observaciones sin la pretensión por mi parte de que constituyan la solución. Desde luego, la dimensión semántica cae de lleno en el plano del contenido, pero no exclusivamente. Si así fuera, su estudio no sería lingüístico, formal. El contenido es demarcado por formas lingüísticas, y si cambian éstas, también aquél. Es un fenómeno muy conocido, ciertamente, aunque se olvida más de lo preciso a la hora de estudiar el campo semántico. Por ejemplo, se planifica el significado nuclear del monema *cabeza* tanto cuando esta palabra ocurre sola, es decir, como monema, *me duele la cabeza*, como cuando ocurre delimitada por otro término, es decir, como lexía, *la cabeza de alfiler*, y tanto en función sintáctica principal, *la cabeza es la parte más alta del cuerpo*, como en función secundaria o modal, *obrar con cabeza*.

8. Con ello se opera sobre un campo donde se confunden posiciones: diría que se intenta obtener el mismo líquido de cántaros que albergan contenidos distintos. Se opera no de otra manera que como lo hicieron los neogramáticos respecto a los casos: el intentar obtener el significado fundamental de las funciones casuales a partir de los múltiples usos sin caer en la cuenta de que la semántica de los elementos en relación modifica la función y ésta a aquéllos.

9. Creo, pues, que se hace necesario acomodar el estudio del campo semántico a la distinta posición y a la distinta forma lingüística en que se presenta la expresión. Es claro, siguiendo un principio fonológico, que debe comenzarse por la noción básica común y mínima en la forma expresiva más simple. Si se intenta analizar el campo semántico de *padre* no se elegirá el sintagma «padre de almas», sinónimo de sacerdote, que me proyecta a un campo semántico bastante alejado. No se elegirá ese sintagma ni cualquiera de las múltiples ocurrencias sintagmáticas en que incide el monema *padre*, porque se trata, sin duda, de formas complejas, derivadas. Por el contrario, el método correcto sería más bien entre-sacar las ocurrencias en que *padre* actúa como monema, sin complejidad formal, y en función sintáctica principal y actante. Es decir, habría que rechazar, por poner un ejemplo límite, las locuciones como «esto es de padre y señor mío» que implican formas

derivadas y posiciones débiles. De esta forma se evita en gran medida la casuística de la realización y de la ocurrencia al tiempo que se obtiene lo que podría llamarse significado categorial por oposición a significado sintagmático. Y es aquí, es decir, en la forma lingüística simple y en la ocurrencia de posición sintáctica actante, donde debe aplicarse el procedimiento de clasemas por los que se patentiza la virtualidad sémica de un monema. Esta operación, realizada en las situaciones primarias de la ocurrencia, es la única que puede configurar con ciertas garantías el significado base, el núcleo semántico elemental, tanto en el plano del contenido como en el de la forma.

10. Mas no ha de pensarse —y sirva esto de paréntesis— que el significado nuclear sea necesariamente el significado corriente, el significado de la norma: puede ello suceder, y de hecho sucede muchas veces, pero no se deduce de la operación llevada a cabo. Puede ser más frecuente, por el contrario, el semema de una forma lingüística derivada. Y es que se trata de hechos distintos y de diversas perspectivas: el ser núcleo de dispersión semántica no tiene nada que ver con la frecuencia del significado base, en cuanto a la naturaleza del núcleo se refiere. Otra cosa sería si se hablara del vigor de dispersión semántica: aquí sí puede tener su papel la frecuencia del significado base.

11. Pues bien, es este significado categorial el que debe servir de base para posteriores análisis. No se me ocultan las dificultades. Pero no encuentro medio de realizar, con ciertas garantías, la estructura semántica en el plano onomasiológico y a nivel de lengua de varios momentos si no es a partir de esas posiciones simples y básicas. Claro es que incluso en esas posiciones un monema puede ofrecer matices significativos, pero que en general se explican bien por el contexto no sólo verbal, sino ideológico, en que se insertan: el que δύναις pueda traducirse por 'órgano' o 'facultad anímica', cuando se habla de la visión y audición, caso de Platón, *Republica* V 477 b, no invalida la noción básica de 'fuerza en cuanto posibilidad'. Se trata de un matiz provocado sintagmáticamente, fenómeno de gran importancia por otra parte, pues con frecuencia esos matices llegan a convertirse en significado categorial sin que tengan

necesidad del contexto para su realización. Pero dejemos este aspecto del problema que requiere, además, una perspectiva, a la vez, sincrónica y diacrónica. Lo que ha de considerarse ahora es que el significado categorial, pese a sus matices, constituye un punto de apoyo firme si se desea operar en el campo onomasiológico y establecer la estructura lexémica, por ejemplo, del campo conceptual 'fuerza', relacionándolo con ῥώμη, φύσις, οὐσία, etc.

12. De otra parte, un monema puede ofrecer no ya matices significativos, sino significados distintos. Pongamos por caso la palabra *corona*, que puede significar tanto *corona real* como *corona de flores* como *moneda*⁶. De hecho constata esquemas mentales que denotan realidades distintas. Si en un caso así se pudiera encontrar situaciones en que uno de los tres significados no estuviera condicionado por el contexto, con perspectiva sincrónica, ése sería, sin duda, el significado categorial. Pero no sé por ahora si ello es posible en esa situación. Más bien creo que estamos ante un monema condicionado, sin posibilidad de significado categorial. Considero esta apreciación más correcta que hablar de dos palabras distintas, que realmente no lo son. Y no es ello nada extraño ni debe sorprender, pues el fenómeno lo encontramos en el campo morfológico y de derivación.

13. En efecto, en el ámbito de ciertas plantas se produce una estructura categorial muy rígida: por ejemplo, *rosa* que designa el fruto, *rosal* la planta y *rosaleda* conjunto de rosales; lo mismo *pera*, *peral*, *peraleda*. Pero en la palabra *trigo* se realiza tanto la designación de *planta* como la de *fruto*, quedando *trigal* desarticulado. Por supuesto que no puede negarse, a partir de ahí, que a nivel morfemático no exista en otras palabras la distinción lingüística entre fruto/árbol. Lo que sucede es que en *trigo* tal distinción no se realiza formalmente a nivel categorial, sí a nivel sintagmático. Se trata de una categoría condicionada: si se está hablando de granos, *trigo* puede denotar el fruto; si de abono, por ejemplo, *trigo* adquiere la posibilidad de denotar la planta, lo mismo que en la palabra *corona*: si se está hablando de numismática, lo normal

⁶ Tomado de Baldinger, *op. cit.*, pág. 35.

es que signifique moneda, pero si de vencedores, puede tratarse de corona de flores. Por tanto, *corona* es un monema condicionado, así como *trigo*, a nivel de la derivación y comparado con la estructura *rosa/rosal/rosaleda*, ofrece morfema condicionado. Ni en uno ni en otro caso se niega, por supuesto, la dimensión categorial en sí, aunque ellos no la patenten.

14. Hasta aquí el análisis del significado del monema en posición fuerte y principal dentro de un sintagma oracional. Y hemos dicho que esas posiciones, simplicidad formal y máxima liberación contextual, son las que nos pueden manifestar la noción básica y nuclear. Pero aludimos también, dentro del monema —y todavía no lexía— a posiciones débiles o modales, donde creo que la función sintáctica puede modificar el significado categorial por lo que tales posiciones no son idóneas para descubrir el núcleo del campo semántico.

15. En principio es fácil percatarse de que la fijeza, el marco que contiene el significado categorial, se afloja un tanto y hace que éste se diluya, se presente más difuso. Aquí está la explicación de que en griego, por ejemplo, cuando un monema se utiliza con función instrumental o modal, no suele llevar artículo, e incluso si se trata de objetos, ni siquiera de preposición: el semema se ha relajado para mojar adverbialmente al verbo. También, por supuesto, en castellano: *corría con rapidez*. Y hasta tal punto ello es así que, si se le coloca un artículo, el hablante es obligado a una posterior determinación: *corría con la rapidez... del rayo*. No así, en cambio, si el término en cuestión está en posición fuerte: *la rapidez ayuda a escapar*, pongo por caso. Ya sé que alguien dirá que se trata del conocido fenómeno de cambio de funcionalidad. Desde luego. Tal cosa no se niega. Lo único que hago es apoyarme precisamente en ese fenómeno para hacer ver que las posiciones débiles no son buenas consejeras para esclarecer el núcleo sémico y que, por lo tanto, debe prescindirse de ellas para esa misión por lo difuso de su significado.

16. Sin embargo, su análisis no es del todo y para todos los efectos infructuoso. En ocasiones ocurre que la dispersión de un monema en posición débil es tal que su significado se encuentra

molesto en el campo semántico general. Y si, por otra parte, se realiza un campo conceptual que sirva de polo de atracción, lo normal es que se enrolé aquí, aunque formalmente siga perteneciendo a su campo semántico básico. Por ejemplo: en una frase como *en la vida haré tal cosa*, el monema *vida* en posición instrumental de hecho ha pasado semánticamente a las categorías de tiempo y se ha vuelto una variante formal de *nunca*. Con ello nos encontramos de nuevo —y no será la última— con un puente de auxilio entre la estructura semasiológica y la onomasiológica. Pienso que el análisis estructural de las formas lingüísticas de un campo conceptual objeto de la onomasiológica recibe gran apoyo y sobre todo seguridad si previamente se estudia la estructura semasiológica en los enfoques que vamos dando.

17. Entramos ya en el significado no del monema, sino de la lexía o sintagma. Con ello pasamos de una forma lingüística simple a una forma lingüística compleja. Desde el punto de vista semántico, la lexía *cabeza de alfiler* o *padre de almas* o *padre de familia* debe considerarse como una unidad, ciertamente, pero no debe pensarse que su significado sea la resultante de la suma de los dos elementos en relación. La prueba está en que el sintagma *padre de familia* puede aplicarse a un padre, tenga o no hijos, y, de otro lado, resulta muy difícil combinar los elementos en el sintagma «padre de almas», si «padre» mantuviera su significado categorial básico. Y es este fenómeno una prueba más de la necesidad metodológica de buscar el significado categorial en el monema, porque el significado de la lexía es derivado y condicionado. Quiero decir que la dispersión de *padre* hacia *protector* en la lexía *padre de almas* o de *padre* hacia *jefe* en la lexía *padre de familia* está motivada por dos factores: no sólo por la ocurrencia con *almas* o con *familia* respectivamente, sino también porque el significado categorial alberga la posibilidad de esa dispersión: la presencia de *almas* o *familia* provoca la dispersión, pero sólo porque aquél lo permite. El significado sintagmático, pues, presupone para su recta interpretación el núcleo semántico que es su significado categorial.

18. Cabe preguntar en qué situación queda el significado sintagmático. Y creo que la pregunta tiene un gran interés. La lexía *padre*

de almas se relaciona formalmente, en un análisis semasiológico, con los monemas *padre* y *almas* y refracta, de manera especial, los significados categoriales de ambos monemas. Parecería, pues, natural articular esta lexía en el campo semántico de *padre* por ser éste el término primario del sintagma. Sin embargo, el significado de la lexía encaja mejor en un campo conceptual importante: en el de *ministerio divino*, hasta el punto de que incluso puede servir de archisemema de Papa, Obispo, etc., en cuanto que *padre de almas* denota sacerdote. Desde este punto de vista la lexía debería obtener atención en el plano onomasiológico quizá con más propiedad que en el semasiológico. Y no es necesario recordar que estamos de nuevo, una vez más, en medio entre ambos planos, como en el caso del significado de un monema en posición modal.

19. Pero las cosas no son tan sencillas. Conviene profundizar un poco más en esta situación intermedia. El ejemplo propuesto *padre de almas* tiene la virtud de ofrecer, de un lado, un significado que se sustenta en sí mismo, aunque refleje el de sus monemas, y, de otro, un campo conceptual con contornos fijos y bien marcados. Lo mismo podría decirse de la lexía *padre de familia*. Mas no siempre sucede así: en *cabeza de alfiler*, por ejemplo, su significado difícilmente puede englobarse en un campo conceptual adyacente. De ahí que el significado categorial de *cabeza* se patentice con más integridad. Su análisis, por tanto, debe permanecer de lleno en el campo semasiológico. No así en el caso del sintagma *padre de almas* que debe servir de puente entre ambos planos: el semasiológico y el onomasiológico y su análisis debe realizarse en uno y otro.

20. Y ya termino. He pretendido decir que, para que la estructura lingüística sobre un campo conceptual —que no otra cosa es la onomasiología— resulte completa y con garantías, es indispensable que se haya llevado a cabo previamente el análisis del campo semántico de todos los monemas, de donde surgen lexías, unas veces variantes de monemas, pero otras no, que completan la estructura de las palabras que enmarcan un campo conceptual. Si no se hace esa operación, se corre el riesgo de configurar una estructura incompleta y, por tanto, equivocada. El análisis, pues, en profundidad del campo semántico en la semasiología garantiza a mi modo de

ver los resultados de la estructura léxica sobre el campo conceptual en la onomasiología. Pero creo que ese análisis en profundidad debe practicarse en los tres niveles propuestos: a nivel categorial, funcional y sintagmático y con la conciencia de que es en el nivel categorial de donde es posible extraer con seguridad el núcleo significativo del campo de dispersión semántica. Y en el orden de la investigación esto debe ser lo primero, porque es el aspecto que gobierna a todos los demás.

A. DÍAZ TEJERA